

## Libro objeto / libro arte para niños de todas las edades. Viaje a la creatividad y a la compañía interior

### A la sombra de un naranjo

JULIANA MUÑOZ TORO  
MOHAMMAD BARRANGI  
(ilustración)

Tragaluz, Medellín, 2020, 5,90 metros, il.

DESE LA posibilidad de volver a sentirse como un pequeño al que aún viven con un abullonado pañal, que se balancea buscando su centro y al que, de repente, le acercan un libro, abre los ojos, babea, trata de leer con las huellas de sus dedos, la tersura de sus cachetes, el sabor que percibe su lengua y el movimiento –algo torpe– de sus piernas. Todo esto lo puede recordar y revisar si se entrega a la lectura –sin miramientos ni ataduras– de *A la sombra de un naranjo*, compuesto por el artista iraní Mohammad Barrangi y la escritora colombiana Juliana Muñoz, y publicado por Tragaluz, la editorial independiente paísa, ya ampliamente reconocida por su culto a las ediciones bellas y perdurables que le devuelven al lector el gusto por la materialidad del libro y la lectura acompañada que saborea cada detalle.

A usted, quien quizás se debate entre seguir leyendo porque “no parece una reseña”, lo invito a quedarse, para hacer justicia a un libro que provoca una lectura no convencional. De nada sirve seguir ciertos parámetros que, si bien no se hablan abiertamente, siempre actúan como filtro entre la pluma y mi tintero.

Esta obra es fruto de creatividades que se apoyan y conjugan gracias a los premios internacionales de ilustración y escritura convocados por Tragaluz. Barrangi ganó el galardón en el IV Premio Internacional de Ilustración, en 2017, y Muñoz en el 3<sup>er</sup> Concurso Internacional de Escritura –novela joven–, en 2016. La editorial le propuso a la escritora un ejercicio creativo que acompañara y diese voz a las ilustraciones de Barrangi. ¿El resultado final? Un libro de artista con múltiples capas de significación y apelativos sensoriales

que hablan sobre la soledad y “los días tristes”, así como sobre la fantasía que se torna en un hermoso recurso, unas alas y un pez con los cuales navegar hacia otra orilla. Editado en un papel piedra que se desliza con fluidez entre los dedos, se desenrolla (casi seis metros) como si fuese un papiro o pergamino antiguo; retoma los tintes sepia, el rojo y el negro, y evoca un entorno del Medio Oriente.

Layla, la protagonista y voz narrativa, es una niña en camino a la adolescencia; en ella aún persiste una mirada infantil, pero se vislumbra un proceso de madurez en sus palabras. Layla tiene una discapacidad de nacimiento: “Si te fijas bien, las personas nunca tienen un lado igual al otro [...] yo tengo una mano que no puedo mover. Así ha sido siempre y así será [...]”. Su mundo se reduce a una cotidianidad familiar y femenina: “En la mañana mamá me despierta, en la noche la abuela me cierra los ojos”. En dicho entorno se hacen evidentes la ternura y las costumbres islámicas, en medio de sus juegos con los dedos de los pies, los cuales se convierten en títeres gracias a su imaginación, y se inclinan cinco veces diarias hacia La Meca. También palpitan en la conciencia de la posición sumisa y desvalorizada de la mujer, que no puede salir con su rostro destapado: “[la mamá del vecino] se cubría con un pañuelo para que al salir nadie quisiera encerrarla. Solo él podía ver lo hermosa que era”.

Layla es una niña inmersa en su soledad y cotidianidad, que observa a los demás niños jugar frente a su calle. Quizás hay referencias a la discriminación, la discapacidad y la aceptación de las diferencias. La obra parecería dejar como enseñanza que lo que no es perfecto, lo incompleto, también atesora grandes riquezas. El anhelo de Layla por el otro se traduce en sus intenciones de ponerle nombre al pájaro amarillo que visitaba el naranjo de su vecino, y al que entierra cuando lo encuentra muerto; al perro que la sigue por las calles; a la persona que escribió el mensaje dentro de una botella que sacó de entre las raíces del naranjo. El mensaje lo escribió Mahnún, a quien ella empieza a buscar en los límites de la realidad, para lo que recurre a sus sueños y su imaginación. “No tengo un barco, pero iré a rescatarte navegando

dentro de un gran pez. Esperaré la noche, que siempre trae buenos sueños”. La ilustración empaqueta perfecto con la recreación de fragmentos de lo onírico, viajes sobre un pez, transmucciones de niña a venado, animales con propiedades como “la cebra para la identidad” y el elefante para “dar gravedad a las palabras”.

Lo ilustrativo y evocador está tanto en las imágenes como en el lenguaje que siempre apela a los sentidos: el olor a agua de rosas, las flores de azahar, el té acompañado de jazmín, el sabor de la canela, el dulce de azafrán, el arroz con cardamomo; el mercado, las paredes de las calles del pueblo con sus dibujos y letras antiguas. El lector se ve en la necesidad de concentrar todos sus sentidos en la lectura, en un ejercicio de exploración sensorial con el cual alcanza una experiencia de lectura inusual, todo mediante un rollo en el que, por un lado, transcurre la historia y, en el envés, se ilustran liebres que parecen saltar desde el final hasta el principio del rollo.

La obra hace guiños a la leyenda ancestral de Layla y Majnún, un amor imposible, a la que se llega a señalar como el *Romeo y Julieta* de Oriente, más conocida por la versión del poeta persa Nezamí Ganyaví, y que en esta obra contiene la pregunta por ese otro con el cual compartir. “Vine por ti, Mahnún. Si no eres niño, ¿cómo podré reconocerte?”. El mensaje en la botella como leitmotiv literario parece encaminarse en una misma dirección: la necesidad de comunicar y, asimismo, la comunicación parcialmente truncada por la distancia o por el tiempo, lejanías que parecen infranqueables y que dejan a cada cual en una orilla, con el anhelo y sin una respuesta.

El vaivén entre componentes oníricos y reales se trasluce en las ilustraciones, compuestas en ocasiones por partes de fotografías que se unen con dibujos, a veces de carácter infantil, recreando cuerpos femeninos en los que cabeza, pies y manos no se corresponden por el tamaño ni por la técnica ilustrativa, acercándose al collage. Presentan, asimismo, animales dibujados con técnicas milenarias, partes de escritos en caligrafía persa, arquitectura árabe, componentes que, como bien apuntó Tragaluz al anunciar el ganador del IV Premio Internacional

RESEÑAS		LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL
<p>de Ilustración, resultan ser “grafías que se nos escapan y no por eso dejan de ser evocadoras”.</p> <p>A la medida que se desarrolla el libro objeto, Layla entabla una amistad con su vecino, otro ser inmerso en su propia soledad y que carga con la pérdida de su madre. Layla se llega a sentir identificada con la cojera del vecino, otro ser imperfecto. Dos personajes solos en el mundo, y a la espera de un otro que no puede hacerse presente en reinos distintos a los de la fantasía y el recuerdo, le hacen manifiesta al lector la fragilidad humana y, a la vez, el horizonte sin líneas fronterizas que subyace en su imaginación creativa.</p> <p>El cielo era un naranjo como el del vecino. Las hojas caían en mi nariz parecido a la caída de la lluvia. Las flores de azahar brillaban y formaban constelaciones que quise tocar, pero mi otra mano tampoco se movía.</p> <p>¿Las lobas me habían devorado? No podía despertar aunque los pájaros picotearan la tierra nutritiva y húmeda. Creo que estuve así por milenios, soñando dentro del sueño.</p> <p>Junto a la soledad se encuentra el miedo al olvido y a la muerte, y frente a este florece la imaginación de Layla: “No me iré, bajo ese árbol también he sembrado mis palabras [...]. Mi nombre es Layla. No moriré, estas semillas que he sembrado salvarán mi nombre y mi honor de la sepultura”. Del lenguaje poético, la historia, la acumulación de evocaciones y simbolismos, parecen emerger un arte poético y un conjuro a la soledad. De repente, el emisor del mensaje en la botella y su vecino se funden en uno solo. Layla los empieza a llamar con el mismo nombre, Mahnún, y por fin anuncia: “El espacio que yo había estado guardando a mi lado al fin se ocupa”.</p> <p>Este es un libro que devuelve a los sentidos, que invita al lector a ser completo en sí mismo con toda su creatividad y el color de su imaginación y sus fantasías. Le recuerda que, más allá de lo mediático y la inmediatez, aún persiste la posibilidad de la poesía y la belleza en un libro objeto, en un cuidadoso trabajo de editar lo que en todos habita y de inventarse así un mundo nuevo.</p> <p>Le pregunto a Mahnún qué pasó con el Gran Dragón. Me dice que</p>	<p>muchos se fueron a un nuevo mundo y que él decidió inventarse un mundo nuevo. En ese lugar su madre sembró un árbol. Si nos sentamos bajo su sombra, asegura, aún podremos escuchar su canto.</p> <p style="text-align: center;"><b>Melisa Restrepo Molina</b></p>	